



La Lectura Popular

AÑO XIX

Orihuela 1 de Junio de 1900.

Núm. 403

DIOS NO MUERE

Nos rodea la impiedad, la injusticia, el odio de todas las malas pasiones: solo levantando al cielo los ojos puede consolarse el corazón cristiano.

Felizmente el cielo no escasea sus consuelos y cada día pudiéramos probarlo con hechos encantadores.

En este mes dedicado al Corazón de Jesús, foco de amor que el mundo aborrece, consolémonos recordando lo que puede hacer y lo que hace ese Amor con aquellos que ponen en Él su confianza.

Comencemos reproduciendo la carta de un sacerdote salesiano escrita á su familia despues de un viaje realizado en su juventud y cuando era marinero de la escuadra italiana. (1) Solo hemos variado en ella la forma literaria; el hecho es el mismo.

«En la travesía de Spezia á Nápoles dice Busett, (que así se llamaba el sacerdote) tuvimos grandes peripecias, una de ellas fué mi caída de la arboladura del barco.

Hallábame durante un fuerte temporal subido á un palo por orden del capitán cuando al hacer una maniobra me desprendí y caí.

Pero no llegué abajo.

¿Quién me había detenido en mi violento descenso?

El cordón del crucifijo que me había dado mi madre y que nunca separaba de mi cuello.»

Renunciemos á hacer consideraciones sobre este hecho que muchos tontos llamarán *casualidad*, y pasemos á referir otro más admirable.

Sigue hablando Busett.

«Cerca de Livorno sufrimos una angustia mayor.

De repente se desencadena una recia tormenta y mientras se dividen las opi-

niones entre si debíamos buscar una rada próxima ó seguir adelante, cuando más oscuro estaba el cielo por la tempestad y por la noche y más horroroso era el ruido del mar hasta el punto de tener que maniobrar á toque de corneta, siéntese una terrible sacudida efecto de un choque de flanco y ábrese una vía de agua que anegaba el acorazado por momentos.

¡Qué confusión! en aquel instante.

—Muchacho, me dice el capitán encontrándose casualmente conmigo: esta es la hora de pedir á tu Virgen. (Me conocía.)

Yo que no necesitaba su excitación, hacía rato que oraba y suplicaba á la Virgen Santísima que viniese en nuestro socorro.

Poco despues y cuando las bombas funcionaban ya desesperadamente, oigo gritar? ¡Milagro! y en efecto ocurría uno grandísimo.

Un pez arrastrado por la corriente y precisamente de un tamaño proporcionado al agujero abierto por el choque, se había precipitado con fuerza por la vía de agua y encajándose en el orificio lo obstruía lo bastante para que las bombas dominasen la situación y pudiese el acorazado elevarse al nivel conveniente.

Lo admirable es que no bien se niveló el barco, el pez, libre de su prisión volvió al mar alegremente dando coletadas.»

Se dirá que era muy *natural* que así sucediese, porque la presión entre las aguas dentro y las de fuera se había equilibrado.

Y en efecto: natural era la causa del equilibrio, como que era natural el pez y natural el agua y todo muy natural: lo que no era natural sino milagroso y enternecedor es que la mano bondadosísima de la divina misericordia, hubiese puesto en juego tantas causas naturales para salvar de manera tan sorprendente á los que en ella confiaban.

Hace pocos días he leído otro hecho que me enterneció. No puedo citar el pe-

riódico en que lo he leído porque no lo recuerdo.

Un muchachuelo negro educado en una misión africana, fué esclavizado en una de esas razzias salvajes que suelen realizar los árabes negreros con permiso de la civilización europea.

El muchacho, que era cristiano y se había defendido como un león luchando contra sus infames verdugos, prisionero ya de éstos y á bordo del buque pirata, era maltratado horriblemente.

Sin embargo, con la ardiente fe del neófito cristiano y abrazado á un escapulario que lleva al cuello, confiaba aun en su libertad y animaba á sus compañeros de cautiverio.

Al pasar junto al montón de esclavos hacinados en la cubierta, un árabe de la cuadrilla notó el escapulario y dirigiéndose al negrillo se lo arrancó del cuello y lo arrojó al mar diciéndole: ¡fuera amuletos!

Los demás esclavos murmuraban ya desalentados de la confianza del pobre muchacho.

Pero éste no murmuraba; al contrario: seguía confiando en Dios y esperaba.

El escapulario al ser arrojado al mar no cayó al agua.

La *casualidad*, según el consabido lenguaje de los tontos, hizo que se quedase enredado en un fardo de algodón, mercancía con que se encubría el contrabando negrero.

En aquel momento se divisó á lo lejos un buque alemán.

Los árabes se alarmaron porque el barco era de guerra y no podían escapar.

El buque hizo las señales acostumbradas y los traficantes en carne humana no tuvieron más remedio que detenerse y dejarse reconocer para no despertar sospechas.

Inmediatamente y mientras se aproximaba el barco visitante, los ladrones de hombres borrarón rápidamente todo signo que pudiera delatarles, obligando á los

(1) El hecho está tomado del librito de las Misiones Salesianas que anunciamos en la sección bibliográfica.

infelices negros á permanecer acurrucados bajo las balas de algodón, sopena de ser estrangulados.

Varios marinos del acorazado subieron á cubierta, lo registraron todo, y cuando ya se retiraban sin caer en sospechas, uno de ellos habló á su jefe al oído y este volviendo atrás se dirigió á un punto determinado.

Se había notado un escapulario colgando de unos de los fardos de algodón, y los fardos de algodón de los árabes no usan escapulario ni los árabes tampoco.

Allí había un misterio y el misterio no tardó en descubrirse debajo de la mercancía.

Momentos despues eran libertados los infelices esclavos.

No hay para qué decir que mientras los piratas recibían el pago que merecía su infame crimen los pobres negros caían de rodillas admirando la misericordia de Dios.

¿Y aún habrá quien dude de su providencia?

Un propagandista insigne, D. Felix Sardá y Salvany, publicó hace algunos años un mapa en que se veía trazado el camino que la fe católica siguió en España durante la reconquista en su lucha con los árabes.

Delante de los descendientes de Pelayo la mano de Dios fué sembrando los milagros á manera de luces que los alumbraban y sostenían.

Gran parte de los portentos eucarísticos acaecidos en España tuvieron lugar entonces. Dios protegió en aquella terrible crisis á la civilización cristiana contra los ataques de la barbarie.

Y hoy al ser de nuevo amenazada ¿no la protegerá?

Por que al grito de libertad se hayan levantado unos bárbaros nuevos á defender los derechos del pecado mortal, vamos á temer que se derrumbe el edificio de la justicia, construido por las manos ensangrentadas de once millones de martires?

No ofendamos á Dios con tal sospecha.

Lo que acontece es que Dios permite que el mal subsista para ejercicio del bien.

Ciertamente que la tormenta arrecia, y las sombras crecen, pero Dios no muere.

¿Han contemplado nuestros lectores el último eclipse?: ¿han visto como se entristecía el cielo y se apagaba el sol, y parecía próximo á morir vencido por las tinieblas?

Pero fué cuestion de un momento de angustia y nada más. Pasada sombra re-

nació la luz y poco despues un sol esplendente y victorioso anunció á las criaturas que la noche eterna no es la ley del Universo.

Pues lo mismo pasa en la tierra que en el cielo.

El error, la iniquidad y la muerte afligen á los hombres. Pero pasado un momento vuelve á brillar la Verdad y la Vida lo mismo para el individuo que para la sociedad.

Dios no muere.

ADOLFO CLAVARANA

EL CORAZÓN DEL PUEBLO

Hay dos corazones que nacieron para vivir unidos. El del pueblo y el de su Salvador.

Sustraer á la vida cristiana el corazón del pueblo es lo mismo que arrancar una planta de su clima propio para llevarla á suelo extraño donde solo le espera la muerte.

He aquí la idea que á cualquiera sugiere aquello del Evangelio donde se leen estas hermosas palabras:

Venid á mí todos los que trabajais y estais oprimidos, que yo os aliviaré.

Es decir, venid á mí los pobres que luchais con vuestra desgracia, los débiles á quienes oprime la injusticia, los que ganais el pan con el sudor de vuestro rostro, que yo os consolaré en vuestras aficciones y os ayudaré en vuestras faenas.

A nadie mejor que al pueblo cuadran estas frases.

En ninguna parte de su evangelio dirige Jesús palabras parecidas á los ricos, á los poderosos, á los felices de la tierra.

El es padre de todos, pero su amor, su predilección su cariño, lo pone en los oprimidos, en los que trabajan.

¡Qué cosa más natural, que los oprimidos y los que trabajan busquen en él el apetecido consuelo!

Jesús ofrece aliviar al pobre y le alivia en efecto cuando ese pobre vá á él.

¿Cómo? De muchas maneras, pero de dos muy principales.

Con sus promesas y con sus dones.

La esperanza y la paz, son dos tesoros siempre dispuestos á enriquecer el corazón de todo desgraciado que vá á Jesús.

Paz y esperanza; elementos bastantes á convertir en luz las tinieblas, en placer los dolores y en ligeras cargas los más pesados yugos del trabajo.

Para el poderoso, para el ambicioso, para el que no trabaja ni sabe hacerse pobre aun en medio de sus riquezas, despegándolas de su corazón y dándolas el destino que Dios manda, no hay ni puede haber paz ni esperanza.

Los tesoros de Jesús se han hecho para el pobre trabajador y oprimido que le busca.

Así se comprende la necesidad que tiene el pobre de buscar á Jesús, y así se comprende también toda la vileza que encierra la infame obra de la descristianización del pueblo.

No bastaba á los grandes ambiciosos

oprimirlo y hacerlo instrumento de sus inicuos proyectos llevándole cien veces al matadero de las revoluciones. No les bastaba vejarlo y esquimarlo reduciéndolo á la miseria á fuerza de ensayar en él los sistemas más absurdos.

Era preciso más.

Era preciso arrancarle también del corazón lo único que le quedaba; la paz y la esperanza; joyas que enriquecen su pobreza, virtudes que endulzan su amargura, últimos elementos de bien estar, á él y solo á él concedidos.

Y ¿por qué tanta crueldad?

Muy sencillo; porque el pueblo que conserva esos elementos, conserva fuerzas propias que le hacen fuerte como una roca en medio de las tormentas.

Porque el pueblo que conserva esos elementos lleva en su alma su propia redención y se hace inaccesible á todas las seducciones con que le brindan los que solo tratan de corromperle con el objeto de explotarle.

¡Ahl pueblo bondadoso y sencillo, cuándo acabarás de conocer todo esto!

Nadie es tan enemigo tuyo como aquel que trata de descristianizarte.

Nadie llegaría á hacerte más daño que aquel que arrancase por completo de tu corazón el amor de los amores, aquel gran amor que dá la paz en la tierra y prepara la vida del cielo.

En el mismo evangelio que citamos continúa Jesús diciendo que *su yugo es suave y su carga ligera.*

Compara, pueblo, esa carga con la que echan sobre tus hombros los que en vez de enseñarte á amar como El amó te enseñan á aborrecer y verás cuanta diferencia.

Por una parte la paz y la esperanza á cuya sombra protectora y fecunda crecen y se desarrollan todas las grandezas y todos los progresos; por otra el odio y las malas pasiones á cuyo negro influjo se destruye el mundo.

Por una parte la felicidad, aun en medio de la pobreza y la desgracia; por otra la desdicha aun en medio de la más grande abundancia.

¡Ahl en verdad que la comparación es por demás interesante y vale la pena de ser detenidamente estudiada.

Cuando hayas hecho ese estudio ya verás cuan cierto es que tu felicidad solo consiste en dejar latir tu corazón en armonía con aquel Corazón que siempre latió por tí y para tí.

Entonces y solo entonces comprenderás toda la extensión del daño que tratan de hacerte los que quieren arrancarte á la vida cristiana para llevarte á regiones extrañas donde exhalarías tu vida como esas plantas arrancadas á su propio suelo que mueren al primer soplo del invierno.

ADOLFO CLAVARANA.

PENSAMIENTO

Todos los hombres necesitan la Religión. Pero los desgraciados y los pobres la necesitan de un modo especial. Ninguno que contribuya á arrancársela tiene derecho á llamarse amigo suyo.

SECCION INSTRUCTIVA

Cómo se educan hijos felices.

(Traducido de un semanario alemán.)

Tener hijos felices, es—¿quién lo duda?—el más ardiente deseo de todos los padres.

A este fin trabaja el padre constantemente, se afana la madre sin descansar, y sin embargo, no todos lo logran.

La causa de este fracaso es muy á menudo, casi siempre, debida á una educacion mal comprendida. Estudian los talentos, las capacidades de los niños, tratan de educar de perfeccionar estos talentos, y sin embargo, esos niños suelen ser seres desgraciados, poco amables, á quienes falta la educacion del corazon, y que, por ello, vivirán descontentos de sí mismos.

Ser feliz es un talento, y muchas veces herencia.

Nada puede dar al hombre la verdadera dicha, nada, ni el dinero, ni la posicion, ni el rango, si falta lo esencial, que es ser verdaderamente religioso. Por esto, la madre cristiana emplea todo su cuidado en implantar y cuidar en el corazon de sus hijos la piedad, no sólo con palabras, con sermones, etc., sino tambien, y sobre todo, con sus propias acciones, con su ejemplo.

Toda buena madre debe rezar con sus hijos, acompañarlos á la iglesia, hablarlos, cuando empiezan á tener inteligencia, de la hermosura de nuestra santa religion, y elevarlos á recibir los Santos Sacramentos. Si una madre se ha afanado, se ha sacrificado á fin de educar á sus hijos, dándoles todos los conocimientos, todas las habilidades posibles, para brillar en la sociedad, para hacerse camino en el mundo, para ser admirados y respetados, pero se ha descuidado en educar en ellos el espíritu de la verdadera piedad y de una profunda y arraigada religiosidad, no ha cumplido su misión, no ha sido una buena madre, y tales hijos nunca serán verdaderamente felices.

Para educar niños felices, en los cuales el verdadero contento y la tranquilidad interior estén hermanados, deben los padres evitar todo lo que influya desfavorablemente sobre la mente, sobre el corazon de los pequeños, y en las primeras impresiones que estos reciban deben obrar más el ejemplo que las palabras. Niños que vean á sus padres por las menores cosas excitados, desazonados, descontentos y desgraciados, son muy raras veces dichosos. A veces resultan contraproducentes, por innecesarias ó inoportunas, las ofensas, las amenazas, las riñas coléricas, el echarles en cara faltas cometidas antes, el castigarlos, en el primer momento de enojo, cuando se debe evitar absolutamente, acordándose de las palabras: «No castigues á vuestros hijos en la cólera y no seas amargos con ellos.»

Los padres, sobre todo, deben tener gran cuidado de no preferir á uno de sus hijos, de no ofender el sentimiento de la equidad,

de la justicia, en los demás.

Los niños, en general, poseen en alto grado el sentido de la justicia, y atentar contra él sería dañarles para toda la vida. La confianza de los niños se ahuyenta muy fácilmente, y su alma infantil se llena de tristeza y de amargura.

El que quiera educar hijos verdaderamente felices, debe educarlos en la piedad y en el temor de Dios; y, con esto, habituarlos:

1.º *A tener pocas necesidades.*—Para dar á los niños esta nunca bastante apreciada virtud, es preciso negarles, desde muy pequeños, algunos de sus deseos, con dulzura, pero con seriedad; sean también muy sencillos su ropa y sus alimentos. Es preciso que aprendan á ver sin desear poseer. No son felices los que han nacido en alta posición, rodeados de lujo y comodidades, los que han visto satisfechos todos sus deseos, sino los que son modestos, sencillos y se contentan con lo que tienen, por poco que sea.



2.º *A la veracidad.*—Ella hace feliz al niño pequeño, feliz y alegre, porque los remordimientos impiden que un niño tenga paz interior, tranquilidad, alegría. Nunca tenga un niño secretos para sus padres.

Muy á menudo se celebra una mentira de un niño muy pequeño; se habla con placer de la inteligencia, de la astucia de los pequeños, y por esto la mentira echa tan pronto y con tanta facilidad raíces en el corazon de ellos. Y la mentira en palabras, en obras, ó sea la hipocresía, es la raiz de todos los males; y niños mentirosos, poco sinceros, ni son felices, ni lo serán nunca.

3.º *A la obediencia.*—Los niños deben obedecer las órdenes, los deseos de sus padres sin preguntar el por qué, obedecer inmediatamente, obedecer con la conviccion de que es por su bien lo que se les manda; nunca deben oponerse ni replicar; desde muy pequeños deben aprender á someter con gusto su propia voluntad á la voluntad de los padres y superiores. Esta costumbre, adquirida desde la infancia, es el cimiento de toda educacion; un niño que obedece sin reparo, sin replicar, será un hombre que cumplirá su palabra, su deber; si ha aprendido á someterse, la vida le será fácil y sabrá someterse, cuando vengan pruebas y desgracias, á la voluntad de Dios.

4.º *A la caridad.*—Es preciso hacer ver al niño en todo prójimo, por miserable y pobre que sea, un hermano, una criatura de Dios, como él; nunca se le permita dar mala interpretacion á las obras y palabras de sus hermanos, amigos ó condiscipulos. Observé-

mosle en su conducta para con los criados, y enseñémosle á ser amable y aun servicial para éstos; así aprenderá cuánta satisfaccion hay en hacer con gusto algo por los inferiores. Nunca se debe permitir que los niños pidan algo á los criados en tono de mandato, sino siempre en tono de súplica.

En esto es muy importante el ejemplo de los padres, que deben hacer todo lo posible porque los hijos vean en ellos personas perfectas, queridas y respetadas de todos, incluso de los criados. Una sombra mala cae sobre el caracter y sobre el corazon de los hijos que tienen motivo de sonrojo en las palabras ó en las obras del padre ó de la madre.

5.º *A la gratitud.*—Desde muy pequeño se ha de llamar la atencion de los niños sobre los prójimos que sufren, que son pobres enfermos; se les ha de enseñar a mirar, no á los que son más, sino á los que son menos que ellos, y aprenderán á agradecer á Dios sus favores y á sus padres cada gusto que les den. Demuéstreles cuánto más feliz es su suerte, sin mérito ninguno, que la de muchos otros; hágaseles ver todo lo bueno, lo hermoso de lo que gocen diariamente. Ha de evitarse en lo posible que, cuando lo sufren, cuando están contrariados, se crean desgraciados, demuéstreles, por el contrario, cuántos bienes disfrutan aún, por los cuales deben gratitud á Dios y á sus padres.

6.º *A la aplicacion y actividad.*—Para la felicidad de los niños es necesario acostumarles á estar ocupados siempre, que trabajen ó que jueguen, pero que jueguen y trabajen sin demasiado celo, tranquilamente, sin prisa, sin excitacion, sin inquietud. Precisamente durante los años de la infancia se necesita repartirles el tiempo para el trabajo, paseo, juego y sueño con mucha exactitud, á fin de que cuerpo y alma se desarrollen al mismo tiempo. La aplicacion se consigue por amable y cariñoso estímulo, tomando parte, la madre como los maestros en sus trabajos, en sus recreaciones; en verdad se les debe acostumbrar á que vean en sus juegos la continuacion del trabajo.

Para dar á los niños goces nobles se debe despertar en ellos el gusto por todo lo que es hermoso. Desde los dos años se les puede llamar la atencion hacia una flor bonita, hacia las estrellas, hacia la luna y guiar su admiración á la fuente de todo lo que es hermoso y grande á Dios. Cuando sean un poco mayores, se les puede contar y leer cuentos, y sobre todo contarles poco á poco la Historia Sacrada, las magníficas manifestaciones del poder de Dios en el Antiguo y Nuevo Testamento. Las personas que han visto con qué afán, con qué interés los niños escuchan estas relaciones, comprenderán como nadie las palabras de Jesucristo: «Dejad que los niños vengan á Mí.»

En fin, enseñad á los niños cortesía, modestia y buenos modales que aumentan la dicha y hacen más llano, más fácil el espinoso camino de la vida. Tan pronto como puedan, deben saber saludar: pedir lo que desean con cortesía y modestia, y dar las

gracias por el menor servicio.

Sobre todo, necesitan las criaturas cariñoso; ese cariño que se les manifiesta en la manera de hablarlos; mirarlos y tratarlos. Una niñez feliz sirve de consuelo en todas las amarguras y penas de la vida. Naturalmente, los padres que quieren educar hijos felices, necesitan ellos mismos una fe viva, un verdadero temor de Dios y una piedad verdadera. Porque personas verdaderamente educadas llevan consigo en su interior la fuente de la dicha, y por muchas desgracias que Dios les envíe, esa fuente jamás ha de agotarse.

M. X.

SECCION RECREATIVA

La felicidad del pueblo en la liberal República francesa

A la vera del camino está la huerta del tío Rivoli, cercada por una tapia medio deruida.

El tío Rivoli, después de examinarla prolijamente, se decide al fin á repararla.

No necesita de albañil ni de carpintero, porque conoce estos oficios: y se dispone á dar comienzo á su trabajo.

Más no bien ha echado una paletada de barro para tapar un agujero y embutir la primera piedra, cuando oye una voz que le grita:

—¡Eh, tío Rivoli! ¿Qué está usted haciendo?

El individuo que ha hablado es un agente del Cuerpo de Caminos.

—Está usted incurriendo en una contravención—añade el funcionario—¿Qué hace usted ahí?

—Ya lo ve usted. Revisando mi tapia, que amenaza ruina.

—¿Y el permiso?

—¿Acaso le necesito para hacer de mi tapia lo que se me antoje? Esta tapia me pertenece.

—Si señor, pero está en la vía pública.

—Pero ya ve usted que si no la arreglo se va á caer como un muerto.

—¿Y á mí que me importa? Le voy á instruir á usted las correspondientes diligencias por haberse puesto á reparar su tapia sin permiso, y por haber depositado materiales de construcción en la vía pública. Lo menos le va á costar á usted cincuenta francos de multa.

El tío Rivoli se queda tan sorprendido que no acierta á articular palabra.

Al cabo de un minuto exhala un gemido, y estrujando entre las manos su raído sombrero exclama:

—¡Cincuenta francos! ¡Como si eso me fuera posible!

—Y además tendrá usted que componer su tapia.

—No, no; desisto de mi propósito: suceda lo que quiera.

—Tendrá usted que repararla porque amenaza ruina y obstruirá el camino al caer. Y le advierto á usted que si la tapia se viene abajo, tendrá usted que pagar cien francos de multa y los daños y perjuicio que con tal motivo pudiera ocasionar usted á un tercero.

—¡Cien francos! ¡daños y perjuicios! ¡En qué tiempos vivimos, Dios mío!

—Ante todo—dice el agente—tendrá usted que comprar un pliego de papel sellado y pedir permiso al Prefecto.

—No sé escribir.

—Esa no es cuenta mía. ¡Ya sabe usted que el reglamento es inflexible!

El tío Rivoli entra en su casa sin saber que partido tomar.

Lo único que le consta es que el Cuerpo de Caminos no bromea con los pobres.

Y sintiendo el peso de su pobreza exclama:

—¡Y el Diputado, que el otro día me dijo que formaba ya parte del pueblo soberano!

El tío Rivoli decide consultar el caso con su vecino, el Consejero municipal, el cual le dice:

—La cosa no tiene remedio, amigo mío. La ley es la ley... y el Código es el Código. Y como usted no sabe escribir, tendré sumo gusto en prestarle el servicio de escribir la solicitud.

La solicitud es enviada á su destino, y pasan dos meses sin que el tío Rivoli recibiera contestación alguna.

El agente se detiene con frecuencia ante la casa del tío Rivoli.

—¿Y ese permiso?—pregunta al interesado.

—No hay nada todavía.

—Es preciso que escriba usted á la Prefectura recordándolo.

Las cartas van á fundirse en los cajones con la solicitud en papel sellado, entre las empolvadas carpetas: el Prefecto tiene mucho que hacer.

El pobre Rivoli acecha diariamente al cartero en el camino, y el cartero no se detiene nunca ante su puerta.

Mientras tanto, las brechas de la tapia se agrandan cada vez más; las piedras se desprenden y ruedan por el camino; la argamasa se inutiliza, y la pobre tapia está casi desplomada.

Al fin, durante una noche de viento, se viene al suelo; los escombros cubren y obstruyen el camino.

Al amanecer, el tío Rivoli se ha enterado del desastre: el cercado del pobre viejo está al descubierto.

—¡Ve usted!—dice el agente al infeliz anciano.—¡Ya se cayó la tapia y me veo en el caso de proceder nuevamente contra usted!

—¿Pero acaso tengo yo la culpa de lo ocurrido? si ustedes no me hubieran impedido repararla...

—¡Vaya, vaya... Con los cincuenta francos de la primera multa, apenas serán ciento cincuenta y las costas. Bien puede usted pagar esa bicoca.

Pero el tío Rivoli no dispone de esa cantidad; su huerta y su casa constituyen toda su fortuna.

El pobre viejo tórñase sombrío y melancólico.

No sale de su casa, y en ella se pasa todo el día sentado, con la cabeza entera las manos ante el hogar sin lumbre.

El alguacil se ha presentado dos veces, primero embargó los muebles, y luego la casa y la huerta:

Dentro de ocho días se procederá á la subasta...

Un día se presenta el cartero gritando.

—¡Tío Rivoli, tío Rivoli! ¡el permiso!

Pero el tío Rivoli ha abandonado, para irse lejos del pueblo, la huerta y la casa.

O. M.

LA FELICIDAD DEL PUEBLO EN LA LIBERAL MONARQUIA ESPAÑOLA

Cerca de esta población en que escribo hay un pueblecillo insignificante que tiene que pagar á la provincia la miseria de veinticuatro mil reales anuales.

Esto aparte de la territorial y gastos de municipio.

No hay para que decir si allí el pueblo vivirá feliz. Allí paga consumo hasta la saliva

que traga el contribuyente.

Que es lo único que traga en abundancia. Días pasados (histórico) salió una pobre á pedir limosna á una hermana suya que vivía fuera del villorrio:

La hermana le dió medio pan.

Al introducirlo en el poblado, la administración reclamó los derechos correspondientes al consumo del mendrugo.

Y como no había dinero para pagarlos embargó el mendrugo y lo retuvo en depósito.

Al día siguiente al pasar la infeliz por el fielato fué requerida otra vez al pago de la cuenta pendiente bajo apercibimiento de perder la especie decomisada

—Comansela ostés en *grasia* é Dios, exclamó ardiendo en ira la hija del esquilmado pueblo soberano en el pintoresco language de los huertanos de esta tierra;—comansela ostes que yo les prometo si me dan otro pan que no ha de devengar derechos.

A no ser que me planten ostés un *infielato* en la *mesmísima* nariz»

A. C.

BIBLIOGRAFIA

MES DE MARÍA AUSILIADORA. En memoria del solemne aniversario 25 de la fundación de las misiones Salesianas en América; por D. Ciriaco Santinelli, Pbro. Salesiano Misionero en América, Librería Salesiana, Sarría Barcelona. En rustica Ptas. 0.75. en tela Ptas. 1.

Por un olvido involuntario hemos dejado de anunciar oportunamente este piadoso librito de 254 paginas en octavo que recomendamos con muchísimo gusto por estar impregnado de devoción á la Santísima Virgen auxilio de los cristianos y contiene ejemplos muy edificantes.

TESORO DE AMOR ENCERRADO EN EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS. Devocionario que ofrece á toda clase de personas el Padre Francisco Aguilera; de la Compañía de Jesús Fijando el autor sus ojos en el amantísimo Corazón de Jesús y en la benevolencia de los católicos, ofrece á todos este libro, esperando su rápida propagación.

Precios: encuadernado en tela flexible, corte encarnado, puntas redondas y dorados al plano, 1 peseta. En piel y relieve, 1'15 por correo 5 céntimos más. El que desee el paquete certificado deberá agregar al correo 25 céntimos más, que es lo que cuesta el certificado. Puntos de venta: Todas las librerías católicas.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

| | |
|---------------------|---------------------|
| Una acción | 4 pesetas mensuales |
| Media id. | 2 » » |
| Un cuarto id. . . . | 1 » » |
| Un octavo id. . . . | 0.50 » » |

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*. Paz 6, principal, y en las demás librerías católicas.